



XXVI

Los grandes razonamientos

ECHADO sobre el diván, se hallaba Volodia leyendo una novela francesa, cuando un día, después de la clase, según tenía por costumbre, entré en su cuarto. Levantó un momento la cabeza para mirarme y continuó su lectura, y este movimiento suyo, tan simple y tan natural, me desconcertó y me avergonzó no poco, pues me pareció leer en su mirada la pregunta: por qué vienes ahora? Y en el rápido movimiento para bajar la cabeza me pareció ver el deseo de disimular la expresión de su mirada. Esta especial disposición mía á interpretar la más insignificante palabra, el gesto más sencillo, era por aquel entonces característica en mí. Me acerqué á la mesa, y tomé también un libro, pero antes de empezar la lectura se me ocurrió que era cosa un tanto ridícula que, después de todo un día de no habernos visto, estuviésemos juntos un momento sin decirnos siquiera una palabra.

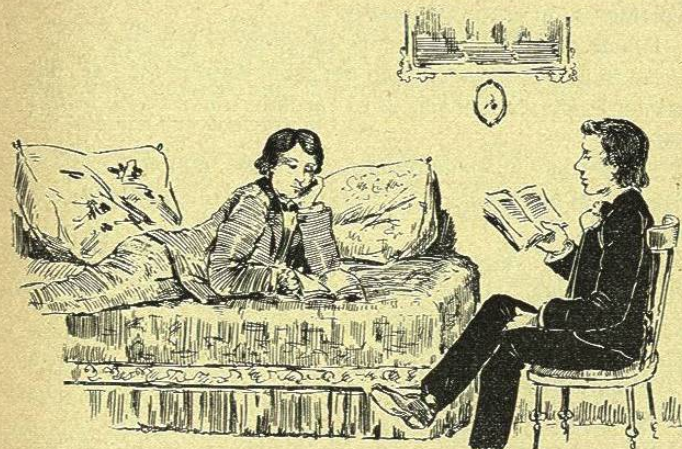
—Estarás en casa esta noche?

—No lo sé; por qué lo dices?

—Por nada,—hice yo, y viendo que no se arrancaba la conversación, abrí el libro y comencé á leer.

Es muy extraño: solos Volodia y yo, podíamos estar horas en-

teras sin decirnos una palabra; pero bastaba la presencia de un tercero para que se iniciase entre nosotros la más interesante y más variada conversación. Nos conocíamos tan bien el uno al otro, que nunca hallábamos en nosotros mismos cosa de qué hablar,



pues el conocerse mucho, lo mismo que el conocerse poco, impide la mutua aproximación.

—Está Volodia en casa?—se oyó que decía en la antecámara la voz dulzona de Dubkov.

—Está!—gritó Volodia bajando las piernas y dejando el libro sobre la mesa.

Dubkov y Nekhludov, con el abrigo y el sombrero puestos, entraron en el cuarto.

—Vas al teatro esta noche, Volodia?

—No, no tendré tiempo,—contestó Volodia algo turbado.

—Eso es una tontería; si tienes gana de ir...

—Es que ni tengo billete siquiera.

—En la puerta del teatro encontrarás cuantos quieras.

—Espera entonces, vuelvo enseguida,—dijo Volodia, y haciendo su habitual movimiento de hombros salió de la estancia.

Yo sabía que Volodia deseaba ir al teatro, y que si rehusaba la invitación de Dubkov era tan sólo porque no tenía aquel día dinero, cómo que había salido para pedir prestados al portero algunos rublos hasta su mensualidad próxima.

—Buenos días, diplomático!—hizo Dubkov alargándome la mano.

Los amigos de Volodia me llamaban diplomático porque un día, después de comer, reunidos en el salón con nuestra difunta abuela, se habló de nuestro porvenir, y la noble anciana dijo que Volodia sería probablemente militar y que en cuanto á mí confiaba verme convertido en un gran diplomático...

—Dónde ha ido Volodia?—me preguntó el príncipe.

—No lo sé,—contesté lleno de rubor ante la idea de que probablemente había adivinado ya el verdadero motivo de la salida de mi hermano.

—Seguro que no tiene dinero, no es eso, diplomático?—añadió interpretando mi turbación.—Yo tampoco lo tengo hoy; y tú tienes, Dubkov?

—Veámoslo!—hizo éste sacando el bolsón y palpándolo con sus cortísimos dedos.—Cinco kopeks... veinte kopeks... y basta,—concluyó haciendo con la mano un gesto cómico.

En este preciso momento entró Volodia otra vez.

—Vamos al teatro ó no?

—No vamos.

—Eres extraordinario!—dijo Nekhludov.—Por qué no confiesas que no tienes dinero? Te cedo mi billete; lo quieres?

—Y tú?

—Este se irá al palco de sus primas,—dijo Dubkov.

—No, eso de ninguna manera,—exclamó resueltamente el príncipe.

—Por qué?

—Porque no me gusta, no estoy bien allí.

—Tontería!... no comprendo cómo puede no gustarte permanecer donde todos se alegran tanto de verte; esto es sencillamente ridículo, querido.

—Qué quieres que le haga, si soy tan tímido? Estoy seguro de que tú no te has ruborizado una sola vez en tu vida, al paso que yo me ruborizo á cada instante, por la menor cosa,—y al decirlo se enrojecieron sus mejillas á no poder más.

—Sabes de qué proviene tu timidez?... Pues de un exceso de amor propio, amigo,—dijo sentenciosamente Dubkov, con aires de protección.

—Cómo por exceso de amor propio!—dijo Nekhludov herido en lo más vivo.—Has de saber, por el contrario, que si soy tímido débese á que me parece que estorbo siempre, que desagrado á la gente; he aquí porque...

—Vístete ya, Volodia,—dijo Dubkov, agarrando á mi hermano por la espalda y haciendo ademán de quitarle la chaqueta.

—Me sucede con frecuencia...—decía Nekhludov; pero su amigo no le escuchaba ya, tarareando una canción cualquiera, la última de moda, mientras el otro seguía diciendo:

—No te escaparás; quiero probarte que mi timidez no viene de mi amor propio.

—Bueno, me lo probarás viniéndote con nosotros.

—Ya te he dicho que no quiero ir.

—Entonces, quédate aquí y demuéstrolo al diplomático, y cuando volvamos, ya nos lo explicará él.

—Vaya si se lo probaré,—exclamó Nekhludov con tozudería infantil.—Solamente os pido que volváis cuanto antes.

—A vos, qué os parece? Tengo yo amor propio?—dijo el príncipe sentándose á mi lado.

Aunque sobre esto tenía ya mi opinión formada hacía mucho tiempo, me turbó profundamente su pregunta inesperada y no supe al momento qué contestar.

—Creo, en efecto, que sí, que tenéis amor propio,—dije al fin, sintiéndome temblorosa la voz y el rubor cubrir mi rostro á la sola idea de que había llegado el momento de probarles á todos que yo poseía la inteligencia que había dicho mi padre.—Pienso que todos los hombres tienen su amor propio, y que todo lo que hace el hombre, lo hace por amor propio.

—Entonces, qué es lo que entendéis por amor propio?—dijo Nekhludov con una sonrisa que me pareció ligeramente despreciativa.

—El amor propio no es sino la convicción que cada uno de nosotros tiene de que es mejor y más inteligente que los demás.

—Pero, cómo pueden estar todos convencidos en justicia de lo mismo?

—No sé si es justo ó injusto; sólo sé que nadie, excepto yo, se atreve á confesar esto. Por lo que á mí hace, estoy bien convencido de que soy el hombre más inteligente del mundo, como estoy convencido igualmente de que pensáis lo mismo de vos.

—No es cierto, pues yo digo que he hallado en mi camino hombres que reconozco por más inteligentes y por mejores que yo,—dijo Nekhludov.

—Esto es imposible,—exclamé con gran firmeza.

—Acaso creéis de veras lo que habéis dicho?—añadió Nekhludov mirándome fijamente.

—Lo he dicho con toda formalidad.

Y enseguida se me ocurrió, espontáneamente, una gran idea, que quise al momento exponer, diciendo:

—Os lo voy á demostrar. Por qué nos tenemos más amor á nosotros mismos que á los demás? Porque nos creemos mejores que los demás, más dignos de estimación; si nos pareciesen los demás hombres mejores que nosotros, les amaríamos más que á nosotros mismos, y esto no sucede nunca... Y aunque esto suce-



diese, tendría yo igualmente razón,—añadí con una sonrisa que, involuntariamente quizás, expresaba lo satisfecho que había quedado de mí mismo.

Nekhludov permaneció callado un instante.

—Vaya! no os creía hasta ese punto inteligente!—dijo luego, con una encantadora y alegre sonrisa. En aquel punto me sentí extraordinariamente feliz.

Obra la alabanza con tanta fuerza, no tan sólo sobre los sentimientos, sino también sobre la inteligencia del hombre que bajo su influencia benéfica y agradable, me pareció que me hacía aun más inteligente, y las ideas, una después de otra, se me presentaron con excelsa claridad y con rapidez extraordinaria. Después de hablar del amor propio, pasamos insensiblemente á tratar del amor y sobre este tema la conversación pareció inagotable. Aunque nuestros razonamientos hubiesen sin duda parecido á un extraño una especie de absurdo galimatías—tan poco claros eran y tan limitados—tenían para nosotros una importancia inmensa. Nuestras almas se hallaron tan perfectamente acordadas que, al poner en vibración la menor fibra de una de ellas, hallaba inmediatamente eco

en la otra, y esta constante armonía en los diversos asuntos que tocamos durante la conversación nos proporcionó un placer inmenso. Nos pareció que no había palabras bastantes ni suficiente tiempo para transmitirnos del uno al otro todas las ideas y todos los pensamientos que pedían con urgencia ser exteriorizados, para ser compartidos.



XXVII

El comienzo de la amistad

DESDE aquel día, entre el príncipe Dmitri Nekhludov y yo quedaron establecidas relaciones tan extravagantes como extremadamente agradables. Ante los demás finge hacer de mí muy poco caso; pero en cuanto nos quedamos solos, nos instalamos en un rincón y reanudamos nuestros razonamientos, olvidándolo todo, hasta el volar del tiempo.

Unas veces hablamos de la vida futura; otras veces de las artes, del servicio, del matrimonio, de la educación de los niños, y ni un solo momento se nos ocurre que cuánto vamos diciendo es terriblemente absurdo; y es natural, pues el absurdo que discutimos es un absurdo agradable, espiritual, y durante la juventud se aprecia y se cree todavía en la eficacia de lo espiritual. Durante la juventud, todas las fuerzas del alma van dirigidas hacia el porvenir, y este porvenir toma formas variadas, vivientes y seductoras, bajo la influencia de una esperanza que se basa, no en la experimentación de lo pasado, sino en la posibilidad de una dicha imaginada; los ensueños sobre una felicidad futura, comprendidos y compartidos, constituyen la verdadera dicha de esa hermosa edad. En nuestros raciocinios metafísicos, una de nuestras principales fuentes de conversación, me gustaba venir á parar en aquel momento en que las ideas se suceden cada vez más rápidas, se ha-

cen también á cada momento más abstractas, y llegan por fin á un grado tal de oscuridad que es ya punto menos que imposible su expresión, y en que, creyendo uno decir lo que piensa, dice todo lo contrario. Me placía hallarme en aquel momento en que, elevándose más cada vez en los dominios de lo ideal, se llega á sentir toda la fuerza de lo infinito, viéndose clara la imposibilidad de ir más lejos.

Una vez, durante el carnaval, aunque vino Nekhludov varias veces á casa, estaba tan ocupado por sus diversiones que no pudimos hablar. Esto me hirió en mi orgullo de tal modo que nuevamente le juzgué vanidoso y antipático. Esperé entonces una ocasión para demostrarle que no me importaba nada su compañía, que no la estimaba, y que no le guardaba afección personal ninguna.

La primera vez, después de carnaval, que quiso hablar de nuevo conmigo, le dije que tenía que preparar algunas lecciones difíciles y me fuí arriba; pero no había transcurrido un cuarto de hora, cuando se abrió la puerta de mi cuarto y el príncipe entró diciéndome:

—Estorbo?

—No,—le contesté, aunque tenía hecho el propósito de pretextar una ocupación cualquiera.

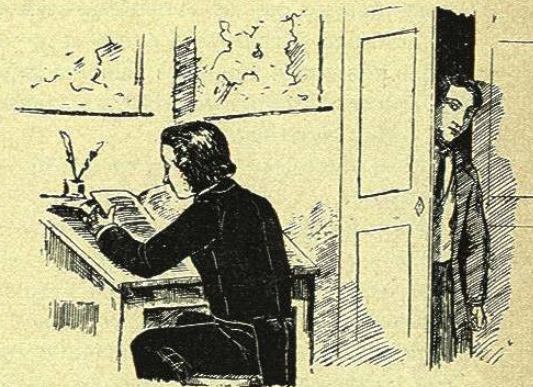
—Entonces, por qué os habéis marchado?... Hace ya mucho tiempo que no hemos discutido juntos, y estoy tan acostumbrado á ello que ya me parece que me falta algo.

Esto me curó de mi despecho, y Dmitri volvió á ser á mis ojos el mismo hombre bueno y encantador.

—No adivináis por qué me he marchado?

—Quizás,—contestó sentándose á mí lado—pero aún adivinándolo, yo no debo decirlo. Decidlo vos.

—Sí que os lo diré: me he marchado porque me enfadé... no es enfado precisamente; pero sentí despecho... Esto es, pues he temido siempre que no me consideréis como deseo, tan sólo por ser yo demasiado joven.



—Sabéis por qué me gusta tanto vuestra compañía?—dijo el príncipe contestando á mi confesión con una mirada llena de simpatía y de bondad.—Sabéis por qué os quiero mucho más que á otras personas á quienes conozco desde más antiguo y con las cuales tengo más frecuente relación? Pues, en este mismo instante lo acabo de ver con la más perfecta claridad, porque tenéis una condición extraordinaria, rara entre los hombres: la franqueza.

—Sí, digo siempre hasta aquellas cosas de que me avergüenzo ante mi propia conciencia; pero no las digo sino á aquellos de quienes estoy seguro.

—Sí, mas para estar seguro de un hombre, es necesario absolutamente ser su amigo, y nosotros no somos todavía buenos amigos, Nikolai; acordaos de lo que hemos dicho hablando de la amistad: para ser verdaderos amigos es preciso que el uno esté del otro bien seguro.

—Eso es, estar seguro de que vos no diréis á nadie aquello que yo os diga; y las ideas más importantes y las más interesantes son precisamente aquellas que por nada del mundo diríamos á nadie, y las malas ideas son tan malas que si las hubiésemos de confesar á alguno ciertamente que no se nos ocurrirían jamás.

—Sabéis lo que pienso, Nikolai?—añadió levantándose y frotándose las manos una con otra. Enseguida dijo sonriendo:—Hagámoslo, y ya veréis cómo será cosa útil para el uno y para el otro. Prometámonos que nos lo confesaremos siempre todo mutuamente. Así nos conoceremos bien el uno al otro, y no nos dará vergüenza lo que pensemos, dándonos también mutua palabra de que *jamás hablaremos á nadie de nosotros*. Hagámoslo!

—Muy bien; hagámoslo.

Y en efecto, lo hicimos. Lo que de esto resultó ya lo contaré más tarde.

Kárr ha dicho que en toda unión de dos seres humanos hay siempre que considerar dos aspectos: el uno ama, el otro se deja amar; el uno besa, el otro se deja besar. Es absolutamente exacto, y en nuestra nueva amistad yo era el que besaba, Dmitri el que se dejaba besar... aunque también él estuvo á punto de besarme. Nos amábamos el uno al otro con un amor igual, pues sabíamos apreciarnos recíprocamente, pero todo esto no le impedía al príncipe ejercer sobre mí su influencia, ni á mí me impedía someterme á ella.

No hay que decir que, bajo la influencia de Nekhludov, adopté involuntariamente su misma dirección moral, cuya esencia era la adoración entusiasta de un purísimo ideal de virtud y la convicción

de que el destino del hombre está en su perfeccionamiento indefinido, eterno.

En aquella época, corregir á toda la humanidad, destruir todos sus vicios y sus males me parecía una cosa facilísima, tan fácil y tan sencilla como la de corregirse á sí mismo, adaptándose á la práctica de todas las virtudes, en la cual se ha de hallar forzosamente la verdadera felicidad...

No obstante, tan sólo Dios puede saber hasta qué punto son de veras ridículos estos hermosos ensueños de la juventud, y quien es el culpable de que nunca se realicen!